

CRONICAS MEXICANAS

nalmente, nos trasladó a los españoles —y al "adherido" Alfredo Bryce, adoptado por la delegación como miembro asociado— hasta La Paz, capital del Estado de Baja California Sur, al Occidente Norte de México. Se trataba de la celebración de las fiestas de la fundación de la ciudad. Pepe Esteban, Vaz de Soto y Angel González habían perdido, en el camino de Tacuba, la ocasión de encontrar la tumba de Cernuda, lo que hizo afirmar al poeta González que "el poeta Luis Cernuda/tiene buena información./cuando viene Pepe Esteban/se cambia de panteón". En La Paz nos esperaba la sorpresa de un nuevo y formidable anfitrión: Enrique Nava, organizador de las fiestas de la fundación que terminaban en las madrugadas azulosas, tragando inacabables cubalibres y degustando —a orillas de la onomatopéyica playa de Pichilingüe— las inimaginables almejas chocolates. Barral seguía defendiendo a Paz en La Paz: "Es uno de los primeros poetas de la lengua". Alguien propuso que Alexandre y Guillén tampoco estaban mal. Un cantante invitado, cuya desorbitada y pantagruélica humanidad saltaba por los cables de su estómago, se echaba encima del vizconde de Calafell que defendía, "a bata y espada" a Octavio Paz. La discusión llegó prácticamente al insulto mitigado o encubierto. Barral, entre langostas asadas y cervezas, entre guitarras y cansancio, lanzó sobre el rostro del cantante Solórzano, a falta de guante, la servilleta de papel con la que eliminaba los restos de los mariscos. "Escoja sus armas", espetó retador y desahogado el editor catalán. El rostro perplejo del cantante-protesta dio paso a la hilaridad de los presentes. La fiesta terminó en paz, pese a Paz, en La Paz. Quedaba en el ambiente la anécdota de la tremenda ambigüedad en el lenguaje que practican los mexicanos contada por Adriano González León. Al leer el venezolano un panel publicitario, cuyo texto decía exactamente "la verdadera cerveza de barril, embotellada", y preguntar al taxista que cuál era la diferencia entre ambas cervezas, la sabiduría lingüística del mexicano le hizo contestar: "Pos es lo mismo, no más que diferente". ■ J. J. A. M. (Fotos: Christa Cowrie).

DONDE HABITE EL OLVIDO

JOSE MARIA VAZ DE SOTO

UNA de las mejores, si no de las más conocidas, rimas de Bécquer termina con esta lapidaria estrofa:

*En donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.*

Luis Cernuda adoptó, como es sabido, el tercero de estos versos para titular con él uno de sus libros, cuyo primer poema comienza así:

*Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora,
donde yo sólo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas;*

y termina de esta manera:

*Allá, allá lejos;
donde habite el olvido.*

Pues bien, hoy sabemos dónde habita el olvido. El olvido habita en México DF.

Luis Cernuda, exiliado español que vivió en dicha ciudad, casi siempre en casa de Concha Méndez y Manuel Altolaguirre (Tres Cruces, 11, Coyoacán), desde 1952; que fue profesor de la UNAM (Universidad Autónoma de México) durante varios cursos, y que murió en la misma ciudad el 5 de noviembre de 1963, en el citado domicilio de Concha Méndez, está enterrado... nadie sabe dónde. ¡Donde habite el olvido!

Nadie, ni los escritores mejicanos que participaban en el recientemente celebrado Encuentro Internacional de Escritores, ni los hijos de refugiados españoles, ni los refugiados mismos que interrogamos al respecto —ni Luis Rius, ni Santiago Genovés, ni Paco Ignacio Taibo— supieron darnos noticia de la tumba de Luis Cernuda. Tampoco conocían su emplazamiento los poetas españoles que nos acompañaban —Carlos Barral, Caballero Bonald, Angel González—, ni los otros escritores de la delegación española —Cela, Sueiro, Armas Marcelo— participantes en el Encuentro. De todos nosotros, sólo José Esteban, que por tercera vez visitaba México y por tercera vez se interesaba sin fortuna en localizar los restos del poeta, trató en su agenda un nombre: el Panteón Español.

Así es que hacia allá nos dirigimos varios de nosotros, bajo el sol cenital y las puntuales nubes tormentosas del mediodía mejicano. Al llegar al cementerio nos encontramos cerradas las oficinas. No quedaba otro remedio que esperar algo más de una hora para que abrieran y nos informaran. El cementerio era grande, superpoblado de panteones y cipreses como cualquier cementerio español de gran ciudad. Yo recordaba, por contraste, los primeros versos de la Elegía anticipada:

*Por la costa del Sur, sobre una roca
alta junto a la mar, el cementerio
aquel descansa en codiciado olvido,
y el agua arrulla el sueño del pasado.*

*Desde el dintel, cerrado entre los
muros,
huerto parecería, si no fuese
por las losas, posadas en la
hierba
como un poco de nieve que no
oprime.*

Nos encaminamos a la capilla, por ver si al cura le sonaba, al menos, el nombre del poeta. No, no le sonaba. Había oído nombrar muchas veces a León Felipe, pero nunca a Luis Cernuda. Nos lo temíamos.

Dimos unas vueltas por los alrededores para hacer tiempo. Angel González se hizo con una botella de tequila, y Pepe Esteban y yo le ayudamos a vaciarla. Descargó la tormenta. Abrieron por fin las oficinas y consultamos los registros. Había dos o tres Cernudas, pero ninguno era Luis. Nadie había oído tal nombre. Nadie sabía que estaba allí enterrado el más grande poeta español del presente siglo. Si es que estaba allí. Pepe Esteban juraba y perjura que se lo había asegurado la propia Paloma Altolaguirre. Pues no, allí no había ningún Luis Cernuda. O era ya sólo

*memoria de una piedra se-
[pultada entre ortigas...
Allá, allá lejos;
donde habita el olvido.*

